

ARMAMENTOS Y DEUDA EXTERNA

Por Carlos SUAREZ M.

Informaciones suministradas por el Banco Interamericano de Desarrollo nos indican que la deuda externa de América Latina asciende, a fines de 1975, a la astronómica suma de 55 mil millones de dólares. Además, agregando un elemento de inquietud, queda establecido que 30 mil millones se incrementaron a partir de 1972. O sea que en tres años los países latinoamericanos vieron acentuarse hasta límites casi inconcebibles su dependencia del exterior, lo que no fue óbice para la irresponsable carrera armamentista en que se hallan empeñados muchos gobiernos, fundamentalmente las dictaduras del Cono Sur. El abastecimiento de armas sumamente sofisticadas y costosas, que la mayoría de los países vuelcan a la represión interna, dejando de lado los planes de educación, salubridad, mejoramiento urbano, fomento agrícola, etc., nos coloca ante el espectáculo de un subcontinente en vísperas de estallidos sociales y políticos de toda índole.

Los caducos sostenedores de las recetas fondomonetaristas, invariablemente asociadas al aumento de la recesión en los lugares donde se aplican, prosiguen avanzando hacia el desastre. Los técnicos que des gobiernan las economías de Uruguay, Bolivia, Brasil, Argentina, Chile y Paraguay, a los que en estos días se incorporaron con gran entusiasmo los asesores del presidente peruano Morales Bermúdez, sostienen que el congelamiento de salarios en un marco de precios libres dará como resultado el control de la inflación, estimulará las inversiones extranjeras y desarrollará la capacidad de capitalización interna.

Vanas esperanzas, absurdas formulaciones, obsoletas medidas, coronan siempre las gestiones de los libreempresistas promonopólicos. Deambulando por las utopías manchesterianas, a las que sólo relegan en parte para sumergirse dentro de los disparates de la Escuela de Chicago, los ministros de economía arriban a los siguientes resultados: inflación descontrolada, quiebra masiva de industrias y comercios, disminución de la producción industrial y agropecuaria, desocupación más allá de los límites social y políticamente absorbibles, caída absoluta de las ventas y del consumo popular.

Tomemos como ejemplo al Uruguay. Allí en 1972 el gobierno realizó un estudio que arrojó conclusiones muy poco optimistas: caída de la inversión, redistribución regresiva de los ingresos, déficit fiscal, inflación y aumento de los desocupados. En consecuencia, las autoridades decidieron poner en marcha el Plan de Desarrollo 1973/1977, basándose en cuatro premisas: "Incentivo a la participación privada en áreas que antes eran privativas de la gestión estatal; centrar las expectativas del desarrollo en las posibilidades del sector exportador; promover y facilitar las inversiones extranjeras; postergar cualquier política sobre redistribución de ingresos hasta superar la fase crítica de la economía".

Como la rentabilidad para las empresas privadas se asentaba en la condición de no dar aumentos salariales, el mercado interno fue retrayéndose a pesar de la "transitoriedad" programada al respecto por el gobierno. En mayo de 1976, según un periódico matutino de Montevideo, el salario real descendió en un 17.6% si se toma como base 100 en 1968, y a esos efectos el aumento concedido en 1974 significó un muy fugaz mejoramiento. En efecto, cualquier concesión salarial es absorbida instantáneamente por los precios, cuya liberación constituye uno de los soportes de la filosofía económica oligárquica.

A su vez el diario archiconservador de Buenos Aires, La Prensa, editorializa el 28 de julio pasado sobre la situación de crisis que se vive en Argentina, señalando: "Si se opta por hacer nuevas devaluaciones para favorecer las exportaciones, se encarecerán correlativamente las importaciones y aumentarán los costos internos y los precios al consumidor, con inevitable efecto recesivo. Si no se conceden tipos de cambio más favorables a los sectores exportadores, especialmente de la industria, ésta no podrá exportar y su situación se volverá insostenible, con la posibilidad de cierre de empresas y despidos masivos. Si no se ofrecen estímulos al sector ganadero, se corre el riesgo de una liquidación sustancial de vientres, y que no haya con que atender la demanda de carnes rojas que se prevé como consecuencia de la sequía europea.

Si no se aumentan los salarios en un plazo prudencial, la disminución

del ingreso real de los trabajadores puede provocar tensiones difíciles de soportar, pero si se aumentan se intensificará la presión de la demanda, se encarecerán costos y los precios subirán". En fin, que como bien se dice: "el pez por la boca muere", y este reconocimiento del caos en que se debate la dictadura argentina no parte de ningún "izquierdista subversivo" sino del riñón oligárquico.

¿De qué manera se pueden superar los efectos anarquizantes que el diario La Prensa enumera, no sin alarma? Desde luego que las soluciones están fuera del alcance de cualquier gobierno que no sea representativo de la voluntad popular, lo que implica que dictaduras como la de Videla hoy, Onganía y Lanusse ayer, nunca lograrán que el país se reencauce hacia el crecimiento económico, la justicia social y la democratización política.

Es ya directa la relación que existe entre el callejón sin salida de las economías del Cono Sur y la represión brutal que ejercen los gobiernos militares, puesto que los pueblos no aceptan situaciones soportadas exclusivamente por sus espaldas. La crisis no tiene raíces en la "subversión" sino que las injusticias profundizan las formas de lucha y resistencia, aún las más extremas. Al mismo tiempo, las dictaduras no atinan a otra cosa que cargarse de armas, saturar sus cuerpos policiales con los sectores marginales de la sociedad y poner en práctica cursos de acción diagramados por el Pentágono para Argelia e Indochina.

Qué América latina se debata en la angustiosa situación de afrontar 55 mil millones de dólares de deuda externa, de los cuales casi 25 mil corresponden a los autores del

"milagro" brasileño, más de 10 mil a los "occidentales y cristianos" de Argentina, 700 al estrangulado Uruguay y muchos miles de millones a los restantes "salvadores de la patria" que proliferan en la región, es el producto del sistema caduco de relaciones sociales, económicas y políticas aún vigente.

Ninguno de los países involucrados en la presente crisis tiene salidas autónomas, ni siquiera paliativos relativamente durables, dentro de los marcos del capitalismo dependiente. De allí que ante el fracaso de regímenes que defienden estructuras injustas y probadamente concluidas, la solución radique en quebrar definitivamente la dependencia y alcanzar una emancipación que vaya más allá del formalismo de las constituciones y las leyes oligárquicas. Ha sonado la hora de las soberanías reales, fundadas en la voluntad de los pueblos, porque esa es la única forma de eliminar las causas de la convulsión generalizada y de ir marchando hacia una auténtica democracia.